Al morir el ateo,
Ese que de tu nombre ha renegado,
Su conciencia examina como el reo
À la postrera pena condenado.
Recorre su pasado;
Al ver sus culpas, con terror advierte
Va á pasar los umbrales de la muerte;
Y aquel hombre que nunca ha derramado
Ni una lágrima sola,
Gime desesperado;
Suelta del llanto la abundante ola;
Se retuerce en el lecho moribundo,
Y al sentir el horrible escalofrío
Que sólo siente el que abandona el mundo,
Con espanto glacial grita: «¡Dios mío!»

El mar embravecido se agiganta, Y envuelto de la bruma en los crespones, Sus turbias olas con furor levanta. Allá va el barco que juguete de ellas, Arrastrado en distintas direcciones, Como en vertiginoso paroxismo, Ya toca la región de las estrellas, Ya se hunde en las entrañas del abismo; Surcan el aire cárdenas centellas; El trueno ronco zumba; Bravio v desalado ruge el viento; El cielo en cataratas se derrumba, Y el líquido elemento Voraz intenta convertirse en tumba. Mas la plegaria del marino asciende, El negro seno de las nubes hiende, Llega hasta Ti, y á poco el viento cesa; Irradia claro el sol, el mar desmaya; La ola tranquila y rumorosa besa Las tostadas arenas de la playa, Y siguiendo feliz su rumbo cierto, De dulces auras al impulso suave, Gentil v airosa la velera nave Llega feliz al suspirado puerto.

El preso, desde el hondo calabozo Donde su falta expia, Te llama acongojado entre el sollozo, Del martirio sufriendo la agonía. Sus penas devorando, En Ti el ardiente pensamiento fijo, Piensa quizá en el hijo De quien le separó la culpa odiosa; En la adorada esposa Que á verle va tras las ferradas rejas, Y amante y cariñosa, Con él confunde lágrimas y quejas. Y con el alma inerte, Sufriendo de la angustia el fiero yugo, Mira el negro fantasma de la muerte Tras la negra silueta del verdugo; El patíbulo ve que se levanta

Fatídico y sombrio,
Y el llanto que se anuda en su garganta
Surge por fin cual desbordado río.
Atribulado en su aflicción te nombra,
Y Tú compadecido de su duelo,
Haces brillar entre la negra sombra
De su conciencia, el rayo de consuelo.

El corazón que ardiente te venera,
Tu Omnipotencia admira confundido;
Tú das á la radiante primavera
Su manto de esmeralda
Y sus eternos cánticos de amores;
Haces brotar las flores
De la montaña en la riscosa falda;
De color y de luz vistes la esfera;
Por Ti el ave parlera
Construye en la enramada el dulce nido:
Tú prestas su esplendor á la pradera,
Su perfume á las rosas,
Y su música grata
Al arroyo que en ondas bulliciosas
Entre el frondoso césped se dilata.

Tú, grandeza y encanto
Que fascina y conmueve
Das al invierno al extender el manto
De inmaculada nieve,
Que, cual sudario inmenso,
Se pierde deslumbrante
Del horizonte en el confín extenso:
Y en los árboles, hilos de diamantes
Haces que el hielo forme
En la noche invernal, para que luego,
Cuando el sol de su enorme
Disco, la vida con su lumbre vierta,
À su beso de fuego,
El prodigio inaudito se transforme,
Y el hielo en agua pura se convierta.

Imprimes al otoño triste sello,
Prestándole el poético destello
De sus tardes tranquilas, en que gime
El rumor de la brisa en el oido,
Como ¡ay! de un alma que el pesar oprime,
Y en que la faz del sol medio escondido
Ya tras la cima del lejano monte,
Amarillo fulgor deja esparcido
Por la vasta extensión del horizonte.

¡Oh, si! ¡Que todo tu bondad respira! ¡Todo en tu gloria y tu poder se inspira! ¡Á tu inmutable ley todo se ajusta! Para cantar Tu Majestad augusta ¡¡Se transformó la crēación en lira!! Por Ti los denodados campeones.

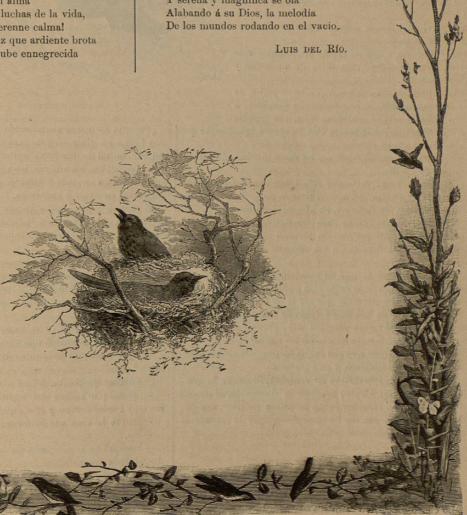
Abatiendo el poder de los infieles,
De fe henchidos los fuertes corazones.
Con la cruz por enseña en sus pendones,
Conquistaron espléndidos laureles.
Por Ti, en la lid refiida,
Derramaron su sangre generosa,
Sacrificando con placer la vida,
Héroes ilustres que la historia aclama,
Y divulga con voz estrepitosa
La trompa resonante de la fama.

¡Oh Dios del Sinai, grande y severo!
¡Bondadoso á la par que justiciero!
¡Inmenso y colosal como el espacio
Que habitas por espléndido palacio!
¡Tú, á cuyos pies se agitan las centellas!
¡Tú, á quien envuelve en alas de topacio
El sol, á quien coronan las estrellas!
¡Tú, que ofreces al alma
Tras de las recias luchas de la vida,
Celeste oasis de perenne calma!
¡Tú, destello de luz que ardiente brota
Del centro de la nube ennegrecida

Que sobre el mar de las tinieblas flota!
¡Tú, Ser omnipotente,
À cuyas plantas se prosterna todo,
Y en el suelo la frente
Hunde el triste mortal, hijo del lodo!
¡Cómo podrá cantarte
La pobre lengua humana,
Y en sublimes estrofas ensalzarte,
Si con sus ricas galas, es el Arte
Polvo ante tu grandeza soberana?

La aurora en el azul resplandecía:
Cantaba el ave, murmuraba el río:

La aurora en el azul resplandecía:
Cantaba el ave, murmuraba el río:
Blando viento los árboles mecía
Cubiertos por las gotas de rocío,
Y serena y magnifica se oía
Alabando á su Dios, la melodía
De los mundos rodando en el vacío.



## DIARIO

DE UNA

# RECIEN CASADA

I.

#### A la mañana siguiente de la boda.

Aun me dura el cansancio, la agitación del dia de ayer.

¡Y es el que llaman generalmente el más venturoso de la vida!

De mí sé decir que no recuerdo ninguno más triste, más fatigoso, más lleno de molestias y contrariedades.

Ante todo, la separación de mi buen padre, de mi amorosa madre, de mis hermanas queridas, á cuyo lado he vivido contenta, feliz, por espacio de veintidós años; después, la idea de si seré igualmente dichosa en mi nuevo estado.

Ciertamente que Enrique me ha dado muchas, infinitas, pruebas de cariño.

En primer lugar, nuestras relaciones han durado algunos meses, y en ese espacio de tiempo no se han desmentido su dulzura de carácter, su afecto, su desinterés.

No puede decirse que se casa conmigo por cálculo, porque no llevo dote; mis padres son jóvenes todavía, y cuando desaparezcan del mundo no me dejarán sino una pequeña herencia.

Amo y considero al que va á ser mi compañero en esta dura peregrinación de la vida; mas ¿ quién sabe si en el trato íntimo descubrirá defectos que no le he conocido aún?

Estoy segura de que sabré cumplir los deberes que me impone la Iglesia: seré siempre fiel, recatada, honesta.. pero ¿será él igualmente exacto en los suyos?

Los hombres creen que sus faltas no tienen las consecuencias de las de las mujeres, y se equivocan.

Una sospecha, convertida en realidad, destruye la confianza, aminora el afecto, produce la desilusión, el desencanto. ¡Dios mío! ¡Que no tenga yo jamás motivo para dudar de Enrique! ¡Que me dé ejemplo siempre de constancia y fidelidad!

II.

## Ocho dias después.

Lo cierto y positivo es que no nos dejan disfrutar tranquilamente de nuestra dicha.



¿Por qué no hemos abandonado la corte? ¿Por qué no hemos hecho un viaje—como tantos otros—á un sitio cualquiera, con tal de que fuese solitario?

Los parientes, los amigos, los conocidos, todos aquellos á quienes hemos enviado los dulces de la boda, se creen en la obligación de venir á visitarnos.

El portero y los criados tienen orden de no permitir la entrada en casa sino á los individuos de la familia y á los *intimos*, y todos se creen con derecho para venir á fastidiarnos.

Unos recorren la casa examinando hasta los objetos más infimos; otros me exigen que les enseñe los presentes y regalos que he recibido antes y después de mi enlace, y algunos hasta se permiten criticar la manera como nos hemos instalado.

—Con el caudal de tu marido, que es bueno—dicen—pudierais haber alquilado una casa de más precio.

—¿ Qué modista—pregunta alguna—te hizo el traje de novia?

-Fulana-respondo.

-¡Jesús!¡No parece obra suya! La verdad es que tú tienes muy bonito cuerpo, y que aquel día estabas desconocida.

-: No te ha regalado Enrique brillantes?

No.

—Siempre ha tenido fama de mezquino, y no ha querido desmentirla ahora.

Otra, en tono compungido, me dice con apariencias del más vivo interés:

—¡Cuidadito! Mira que tu cónyuge ha pasado constantemente por muy veleta. No le dejes de la mano, no sea que te se distraiga pronto. Para eso sirven las amigas: para criticarlo todo; para infundir sospechas; para crear desconfianzas.

Estoy convencida de que todo es obra de la envidia. Enrique ha sido desde que le conozco un muchacho serio y formal: habrá hecho algunas locurillas, como los demás, pero nunca ha pasado por calavera ni por derrochador.

Es verdad que nos hemos instalado modestamente, que gusta del orden y la economía—en lo cual yo estoy de acuerdo con él;—pero no parece miserable ni avaro.

Echo de menos el carruaje, del que disfrutaba en casa de mis padres; aunque somos jóvenes y robustos y no nos hace gran falta.

Además, para cuando estemos cansados, hay tranvías y coches de punto.

¡Brillantes! ¿Acaso los necesito yo? A mi edad sienta mejor que nada una flor en los cabellos, un ramillete en lugar de un lujoso alfiler en el pecho.

La verdad es que mi marido hubiera podido ser algo más espléndido, y darme un brazalete de zafiros, una diadema de brillantes, como tienen tantas otras.

III.

## Al cumplir el mes.

Yo, que he sido robusta, fuerte, sana, sufro por primera vez toda clase de molestias y de indisposiciones.

He perdido la gana de comer, y me canso y fatigo en cuanto doy algunos pasos.

El facultativo, à quien Enrique ha llamado en seguida, después de tomarme el pulso y de examinarme atenta y cuidadosamente, ha dicho sonriendose:

—La enfermedad de esta señora—ya no me llaman señorita—es muy vulgar y conocida. Mucho paseo, mucha distracción.... y no hay nada más que hacer.

Hemos comenzado una vida de extraordinario movimiento y animación: todas las tardes vamos á pie al Retiro ó á la Castellana, y vuelvo á casa muerta, rendida de cansancio.

Por las noches, invariablemente teatro: cuando no le toca á mi familia el turno en el Real, á la Comedia, al Español ó á Lara; el caso es que he de divertirme mucho, aunque me fastidie de veras, para no pensar en mi enfermedad.

«Enfermedad de nueve meses», — repite el Doctor, que viene á verme cada dos ó tres dias sin necesidad, porque no me ordena, no me receta nada, siguiendo con su eterna cantinela de «mucha distracción, mucho paseo».

Entretanto me desmejoro horriblemente: — cuando me miro al espejo me aflijo de verme tan flaca, tan descolorida, tan demacrada.

Enrique en cambio se muestra más satisfecho, más cariñoso que nunca.—¡Ya! ¡Como él no padece ni sufre! ¡Como, por el contrario, cada vez está más gordo y más colorado!

Yo quisiera que se interesara más en mi situación: que se mostrase triste, cuidadoso, inquieto.—Pues nada de eso: á cada instante repite las palabras del médico: «Enfermedad vulgar y conocida.»

Ayer han traído los convites para el baile del Embajador de Inglaterra.—¿Cómo he de ir yo con esta facha, con este semblante pálido y marchito?

No sé por qué las mujeres tienen generalmente tanto deseo de casarse.—¡Cuánto más feliz era yo de soltera, siempre buena, alegre y contenta, sin sentir ninguno de los achaques que ahora me atormentan tanto!

IV.

## A los seis meses.

Estoy mejor, mucho mejor: he recobrado el apetito, el color, las fuerzas.

Ya no es indispensable el eterno *ejercicio* que me obligaban á hacer.

Algunas tardes paseo en coche con mi madre y mis hermanas: algunas noches voy á sociedad sin temor de hacer un papel ridiculo desmayándome, ó teniendo que retirarme apenas he acabado de entrar.

Sin embargo, por lo común vuelvo de muy mal humor á casa, porque, sin querer ó queriendo, oigo observaciones desagradables sobre mi situación actual.

Mis buenas amigas—por envidia, por mala intención—son las que más se complacen en molestarme.

—¡Pobre Clementina!—me decía anoche Luisa.—Pareces otra. Has perdido el color, la alegria, la sereuidad. Cualquiera creería que eres desgraciada en tu matrimonio al mirar la cara de disgusto que ahora tienes siempre.

—¿Qué has hecho de tu talle de silfide?—me pregunta otra.—Has adelgazado, y no obstante, tu cuerpo ha adquirido grandes proporciones.

Y me callo, y me sonrio, y acepto estas cultas bromas como si me fuesen agradables.

Entretanto el Doctor ha vuelto a su manía de mucho movimiento, mucho ejercicio, y paseamos por la mañana, por la tarde, por la noche.

A las nueve me acuesto, porque estoy muerta de tanta locomoción.

V

## A los nueve meses.

No soy una mujer, sino un bombo.

Cuando contemplo mi figura, no puedo menos de reirme de mi misma.

No obstante, cómo bien, duermo mejor, y estoy de excelente talante.

Enrique me colma de cuidados y de caricias, y me repite que pronto se hallarán colmados todos sus votos.

Ha traído de Guipúzcoa una muchachota fresca y saludable que no habla sino en vascuence.

¡Cómo nos reimos los dos cuando quiere pronunciar algunas palabras en castellano!

Es nuestra única diversión, porque ahora apenas salimos, y no vamos siquiera á casa de mamá.

y no vamos siquiera a casa de mama.

«El acontecimiento», como dice el Doctor, está próximo,

y tememos que nos coja en la calle.

¿niño ó niña?

-Yo, varón.

-Pues vo estov seguro de que será una hembra.

Y en estos diálogos ridículos pasamos el tiempo y nos en-



Después del suceso.

Sólo hace ocho días que me levanto de la cama, y hasta hoy no me he atrevido á tomar la pluma.

¡Dios mío! ¡Cuánto he padecido! ¡Qué delicada estoy todavia!—Hubo momentos en que todos creyeron que no saldría de tan apurado trance.

Pero, gracias al cielo, la criatura es hermosa y robusta. ¡Enrique acertó! Es una niña con muchas ganas de vivir, porque desde el principio se ha agarrado al pecho de la nodriza, y no lo deja de día ni de noche.

Ya la han bautizado, y le han puesto el nombre de mi madre:-Elvira.

¡Qué inmensidad de sentimientos desconocidos se han despertado en mí desde que ha nacido!

No tenía idea de que un nuevo ser pudiese venir á llenar

-¿Que quieres que sea?-me pregunta Enrique riéndose- | completamente el corazón; á absorber el pensamiento; á dominar todas las facultades del alma,

> No hablo, no me ocupo sino en mi hija, y con gran frecuencia la tengo en mis brazos, contemplándola, admirándola, cubriéndola de besos.

> ¿Por qué no me han dejado alimentarla con mi sangre, ser dos veces su madre, para que ninguna otra mujer pueda disputarme sus primeras caricias?

> Dicen que soy débil; que no me he repuesto; que no habria podido resistir una larga crianza.

> Estoy segura de que sí; y la primera sonrisa de mi hija, su primera mirada cariñosa, hubieran sido para la que la dió

Ahora las obtendrá una mujer mercenaria y grosera, que no apreciará en lo que valen semejantes indicios de amor.

## VII.

## Al año.

Ayer era la más venturosa de las madres: hoy soy la más desdichada de todas: mi niña, mi Elvira, mi encanto, mi delicia, está á punto de abandonarnos, de volver al cielo.

Anoche fué acometida de una enfermedad horrible que se llama la difteria, y en este momento hay poquisimas esperanzas de salvación.

¡Dios mío! ¿por qué me la habéis dado si me la vais á arrebatar tan pronto?

Dos ó tres facultativos eminentes hacen esfuerzos para curarla .- ¿Lo conseguirán?

Creo que me he vuelto loca, pues sucesivamente río y lloro; confío y me desespero.

Mi marido, si bien me riñe cariñosamente porque no tengo resignación, está tan afligido como yo, y he visto brotar algunas lágrimas de sus ojos.

¡Pobre ángel mio! ¡Cómo padece! Sus tormentos me parten el corazón. .....

........... ¡Ha muerto! ¡No hay esperanza! ¡Enrique y yo lloramos

¡Cuántas penas y cuántos dolores trae consigo el matri-

¡Cómo recuerdo el tiempo feliz de mi juventud, en que no pensaba sino en placeres y diversiones!

¡Qué diferencia entre la vida de la joven soltera y la de la mujer casada!-¿Por qué todas, sin excepción, anhelamos casarnos, y á poco, cuando lo hemos conseguido, pensamos con tristeza, con amargura, en los días en que vivíamos sin cuidados, sin temores, sin inquietudes, gozando de lo presente y sin pensar en lo porvenir?

RAMÓN DE NAVARRETE.



SALIDA DE LA ÓPERA